

**PALABRAS PRONUNCIADAS EN LA ENTREGA DEL PREMIO UCIP A LA
REVISTA ARQUIDIOCESANA «PALABRA NUEVA»**

París, 25 de diciembre de 1998

Una pequeña revista de la Arquidiócesis de La Habana, Cuba, alcanza el premio anual de la Unión Católica Internacional de Prensa. ¿Qué llevó a esta conocida y respetada organización, que agrupa a tantas publicaciones y periodistas del mundo, relacionados de un modo u otro con la Iglesia Católica, a otorgar esta distinción a nuestra modesta publicación diocesana?

Porque esta revista no tiene una tirada grande, aunque su alcance real sea mucho más amplio.

Además, por las limitaciones en el uso del material necesario, debidas fundamentalmente a sus costos, y por las dificultades técnicas para su impresión, la cantidad de páginas de cada número debe ser restringida.

No es una revista de expertos en determinadas materias, sino escrita, con amplia visión, por laicos y algunos sacerdotes y religiosos que tienen en común el deseo y la convicción de contribuir a la promoción humana por medio de la formación de un pensamiento humanista, de inspiración cristiana, en sus lectores. Viven todos, además, una misma realidad político-social con peculiaridades que hacen del quehacer periodístico un oficio a ratos azaroso, pues no resulta siempre fácil ser comprendido y encontrar el lenguaje que más conviene para expresar algunas ideas que pueden parecer novedosas o contrastantes en un medio social marcado durante muchos años por una filosofía y una praxis de inspiración marxista.

En casi todas las diócesis de Cuba fueron surgiendo, en estos últimos años, unos tras otros, boletines, hojas diocesanas y aun pequeñas revistas, algunas de ellas con cierta especialización, como las publicaciones que tocan temas de bioética, o dirigen sus artículos a la familia para fortalecer su institución y animar a sus miembros a amarla y defenderla, o hablan especialmente a la juventud, a fin de despertar en los jóvenes el sentido del compromiso.

«Palabra Nueva» toca todos estos temas y otros más, no sistemáticamente, sino, más bien, de forma alterna y variada. Participan también en la publicación algunos no católicos que pueden escribir sobre diversos asuntos. El consejo de redacción considera siempre atentamente todos los artículos que han de publicarse, tanto de escritores cristianos como no cristianos, teniendo en cuenta la propia filosofía de la revista, que incluye, evidentemente, una ética cristiana en cuanto a la verdad y al modo de expresarla y una visión de fe del mundo, del hombre y de la historia, que lleva consigo obligadamente, por ser cristiana, la puesta en evidencia del amor al estilo de Jesús que, al decir de San Pablo, sobrepasa toda filosofía. Con esta postura deontológica y teológica, acepta la revista a sus colaboradores extraordinarios y, a través de quienes escriben habitualmente en ella, expresa su propio pensamiento.

Con esa misma actitud intenta la revista acercarse al paisaje cultural, político y social de Cuba, en el cual el aluvión ideológico de las décadas pasadas ha dejado sedimentos que hoy pueden actuar como humus donde van naciendo, creciendo y ramificándose nuevas realizaciones.

Nuestra revista, pues, no solo tiene que ver con ese mundo cambiante de la realidad nacional cubana, sino que ella misma, con las otras más de veinte publicaciones diocesanas de Cuba, es una expresión privilegiada de esos cambios que lentamente se van produciendo en nuestro país.

Aprendizaje difícil el de la posibilidad de expresarse sin hacer de ella un arma de combate, un alarido hiriente, ni un recuento amargo de lo que se ha callado por mucho tiempo. Ser fieles a la verdad sin pretender que todos acepten que esa verdad es plena, sin ser intolerantemente verídicos, o sin hablar concluyentemente desde una cima de verdades infalibles, que se tornan así piedras de diálogo, ese es uno de los más difíciles ejercicios en el necesario aprendizaje de una expresión libre y responsable del pensamiento.

Qué difícil también la adaptación del escucha a voces distintas, que parecen sonar, en ocasiones, discordantes, cuando el oído está hecho al canto llano de una melodía seguida al unísono. En esos casos, para continuar con el símil musical, pueden aceptarse a veces opiniones distintas, pero al modo de la polifonía clásica, donde las notas del acorde son diversas, pero se integran convencionalmente y según reglas precisas en un todo. Se hace, sin embargo, incomprensible un poema sinfónico contemporáneo, plagado de asonancias. Y así es la música de hoy, y así son la pintura, la poesía y la prosa actuales. Solo parece conservarse una especie de ritmo, y ese ritmo casi siempre es interior al autor, quiero decir subjetivo. Y ya sabemos que todo cuanto tiene que ver con la subjetividad se hace complejo y contribuye a ofuscar los criterios de juicio de los observadores.

Si algo debe ser premiado en esta revista Palabra Nueva y en las diversas publicaciones de la Iglesia en Cuba que han visto la luz en este último lustro, es el arrojo de sus escritores que hicieron de la búsqueda un entrenamiento activo. Ellos han salido al ruedo en un difícil ejercicio de equilibrio que ha ido creando, sobre el mismo terreno de la lid, las normas prácticas que deben regir este quehacer, por otra parte impostergable.

Cuando se pretende ser un instrumento de diálogo, y una publicación católica en Cuba debe siempre proponérselo, no es tan evidente que todo cuanto juzgamos verdadero se pueda decir de una vez, al mismo tiempo que lo injusto es fustigado y lo malo enjuiciado. La reflexión capaz de llevarnos a encontrar juntos los caminos de la verdad, de la justicia y de la solidaridad, que posibiliten la transformación de las conciencias y los corazones para alcanzar ese cambio hacia lo mejor que todo hombre ansía, no debe concebirse como la tarea de levantar fortines, sino de tender puentes.

Ambas estructuras necesitan la solidez de la piedra, la esbeltez de las formas, el cálculo atinado de sus componentes, pero el uno, en su mismo diseño, tiende a alzarse amenazador, mientras que el otro debe extenderse, con toda su consistencia, para enlazar dos riberas, de modo que los de un lado y los de otro puedan, aun pisando fuerte, transitar en sentidos opuestos y llegar a encontrarse con el respeto debido a modos diversos, y aun antagónicos, de pensar y de sentir.

Si salimos victoriosos de esto que he llamado ejercicio y aprendizaje en la expresión libre del pensamiento, si contribuimos a que las asonancias sean aceptadas en la sinfonía de la vida nacional cuando el artista, que eso debe ser también un escritor, sabe cómo dosificarlas e integrarlas de modo conveniente para que sirvan a un todo modernamente armónico, estaremos prestando un gran servicio no solo a la Iglesia, sino también a la nación cubana.

En la escuela del decir, los que piensan de modos diversos deben llegar a comprender que el decir con verdad y claridad no exige decir en tono alto o con voz atronadora, sino decir bien, lo cual reclama, análogamente al correcto uso prosódico, una articulación real entre verdad y vida, entre conceptos y testimonio y para un cristiano, además, entre fe transformadora de los criterios de juicio y aceptación existencial explícita de los valores evangélicos.

Si este estilo se vuelve cada vez más habitual, se convertirá en un quehacer didáctico muy útil, que aprovechará a muchos hermanos nuestros en el difícil arte de expresarse respetando las ideas del otro, al mismo tiempo que se aceptan sin molestias las ideas contrarias a las propias. No estoy proponiendo ni más ni menos que una metodología para el debate que, con las características que he señalado, debe recuperarse entre nosotros.

Este rodaje, común entre los comunicadores modernos, tiene una especial función pedagógica en nuestro medio. La proverbial intolerancia del cubano está necesitando de la duda para alcanzar seguridades nuevas. Y créanme que no escogí este prestigioso foro de la UNESCO, ubicado en el corazón de Francia, para hacer esta afirmación. No es de tan altos vuelos filosóficos esta reflexión que se apoya, más bien, en la experiencia cotidiana. Me refiero a dudas sobre esas «verdades propias» de las que nacen muchas de nuestras propias convicciones, de las cuales proceden, normalmente, nuestros actos.

Todo hombre debe ser un buscador de la verdad, pero la Verdad, siendo UNA, requiere que todos pongamos en duda nuestras pequeñas verdades. A dudas saludables me refiero, a la duda del científico, a la duda del juez que juzga sobre la inocencia o culpabilidad de un acusado, a la duda imprescindible que precede las grandes o pequeñas decisiones, para hacer de hecho la mejor opción.

De las dudas confrontadas de algunos puede surgir la seguridad de muchos. Ahora bien, el medio de confrontar lo dudoso es la expresión libre del pensamiento. A este respecto decía el Papa Juan Pablo II en su homilía de

Santiago de Cuba: «el bien de una nación debe ser fomentado y procurado por los propios ciudadanos a través de medios pacíficos y graduales».

«De este modo, cada persona, gozando de libertad de expresión, capacidad de iniciativa y de propuesta en el seno de la sociedad civil... podrá colaborar eficazmente en la búsqueda del bien común».

Como siempre, Juan Pablo II establece una correlación entre derechos y deberes. Enuncia el derecho de cada hombre o mujer a la expresión libre del pensamiento, pero establece, como horizonte definido para la opinión derivada del ejercicio de ese derecho, el bien común de la sociedad, que da la orientación ética general a la actuación de quien se expresa; pero aconseja, además, el Santo Padre, en cuanto a los medios para alcanzar el fin deseado, que se actúe pacífica y gradualmente.

Este programa que el Sucesor de Pedro nos presentó a nosotros, cubanos, es válido también para todo comunicador cristiano, que debe siempre tener en cuenta el bien total de la sociedad y que no debe hacer uso de la libertad de expresión para decir lo que genera la inquietud o lo que aparece precipitado o no bien fundamentado, sino lo que fomente la paz, haciendo propuestas razonables y graduales. El Papa, al hablar en Cuba de la libertad de expresión, recordó una vez más las claves éticas del periodismo.

Señoras, señores, en nombre del consejo de redacción de la revista Palabra Nueva, agradezco este premio que la UCIP ha querido otorgarle. En nombre de la Iglesia en Cuba quiero también agradecer el estímulo que significa, para cada una de nuestras publicaciones diocesanas, el que una de ellas haya sido escogida para poner en evidencia el esfuerzo de tantos colaboradores anónimos en la tarea difícil de encarnar la palabra iluminadora del Evangelio y difundir las enseñanzas de la Iglesia en la nación cubana.

Palabra Nueva nació hace seis años en el seno de una comunidad humana a la cual, en el primer mes de este mismo año, el Papa Juan Pablo II expresó, desde el mismo momento de su saludo inicial en el aeropuerto de La Habana, un deseo que se ha convertido en lema: «Que Cuba, con sus inmensas posibilidades, se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba».

Creo que esa apertura de Cuba al mundo comenzó a esbozarse desde hace algunos años. Creo también que ella posibilitó la visita del Papa Juan Pablo II a nuestra Patria y que la realización feliz de esa visita debe afianzar en nuestro país esos propósitos de apertura, aun más ahora, cuando pueblos y gobiernos, haciéndose eco del llamado del Papa, han dado pasos concretos de apertura a Cuba.

Quiero ver en la aparición, perdurabilidad y acogida de nuestras publicaciones católicas un signo importante de apertura interna en Cuba y deseo que esa apertura, como lo sentimos hoy en este recinto de la UNESCO, se proyecte al mundo como un canto de esperanza.

Para terminar, permítanme dirigirme de modo particular a los comunicadores católicos de Cuba: queridos hermanos y hermanas, prosigan su quehacer como depositarios de un mandato de sus obispos y de su Dios y Señor, hagan labor de evangelizadores, sean consecuentes con sus ideales y, sobre todo, con su fe, no busquen siempre agradar, no consientan nunca a la tentación de ofender, permanezcan en la verdad, la verdad los hará libres y sientan, como perenne desafío en sus corazones, el llamado a armonizar, según el modelo del Siervo de Dios Félix Varela, la fidelidad a Dios y a la Patria. Las palabras finales son de Jesucristo: «No teman, yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo».

Muchas gracias.